

LA ARQUEOLOGÍA MARXISTA DEL CAPITALISMO Y LA RECONSTRUCCIÓN DE UNA HISTORIA PROTAGONIZADA POR EL PUEBLO

Iraida Vargas Arenas

Fecha de entrega: 3 de febrero de 2014
Fecha de aceptación: 2 de marzo de 2014

Resumen

La denominación *arqueología histórica* se ha usado para designar aquellos estudios arqueológicos que se ocupan de los procesos ocurridos a partir de la invasión europea a Nuestra América en el siglo XVI. Se plantea en este trabajo que esa denominación parte de un supuesto valorativo que considera que la historicidad de los procesos sociales depende de la existencia de textos escritos, lo que propicia la deshistorización de las miles de sociedades y culturas originarias americanas que existieron antes de la invasión europea. En tal sentido, se considera que en realidad la arqueología que se practica es la arqueología del capitalismo como sistema social. Se defiende la noción de *posición teórica marxista* introducida en la arqueología social latinoamericana por Manuel Gándara, que señala que la investigación social en general y la arqueológica en particular parten siempre de una serie de supuestos valorativos, ético-políticos. Se consideran los objetivos cognitivos de la posición teórica marxista en las investigaciones arqueológicas venezolanas y su vinculación con las luchas sociales contemporáneas que existen en Venezuela.

Palabras clave: Posición teórica marxista, Arqueología, Capitalismo, Colonialismo nuestroamericano.

Abstract

The term *historical archeology* usually designs those archeological studies that investigate the processes that took place in Our America since the beginnings of the XVI century. In this paper we considered such denomination as being part of a valorative statement that privileged the written

texts and erased the historical character of the thousands of societies existing before the European invasion of Our America. It is considered that historical archeology is the archeology of capitalism as a social system, based on the notion of Marxist Theoretical Position proposed by Manuel Gandara, integrated by several areas including the valorative one that comprises the ethical-political assumptions guiding any archaeological research. Accordingly, it's considered the cognitive objectives of the Marxist theory in the archaeological researches carried out in Venezuela as well their vinculations with the contemporaneous social struggle existing in Venezuela.

Keywords: Theoretical Marxist Position, Archaeology, Capitalism, Nuestramerican Colonialism

Introducción

Arqueología del capitalismo, arqueología global, arqueología histórica, arqueología colonial o arqueología republicana. ¿Cuál de estos nombres escogemos para denominar lo que hacemos cuando abordamos procesos que cubren un lapso temporal de varios siglos a partir del siglo XVI? ¿Es posible reducir los extraordinariamente complejos procesos históricos que ocurren desde el siglo XVI en adelante en Nuestra América a la presencia o ausencia de textos escritos o solo al comercio? A fin de ayudar a eliminar ambigüedades y reconociendo al mismo tiempo la jerarquía causal materialista, así como por razones políticas, preferimos usar la expresión *arqueología del capitalismo* para referirnos a los estudios arqueológicos de los procesos que denotan la existencia de cambios revolucionarios en las sociedades nuestroamericanas, como consecuencia de la invasión europea a finales del siglo XV, que hicieron posible el proceso de acumulación originaria de capital y el surgimiento del sistema capitalista en Nuestra América. Llamamos *arqueología del capitalismo* a aquella que estudia tanto el proceso de formación y desarrollo del sistema capitalista como a la que alude a procesos particulares de dicho sistema. De forma de mantener la coherencia con nuestra posición teórica marxista, concebimos los procesos particulares de la formación social capitalista como modos de vida que se expresan a su vez en submodos de vida.

Hemos realizado breves reconstrucciones de algunos procesos históricos mundiales por considerarlos vitales para la comprensión de los particulares que refieren ya a Nuestra América, ya a Venezuela.

El objeto fundamental de este trabajo es tratar de propiciar, desde la investigación arqueológica, una reconstrucción histórica “desde abajo”, que reivindique el protagonismo popular no solo por ser un objetivo político para las luchas sociales que hoy día llevan a cabo los pueblos nuestroamericanos, sino también porque es coincidente con la verdad histórica. Nadie, ningún/a arqueólogo/a o historiador/a —a menos que sea extremadamente tozudo/a u obcecado/a o solo responda ciegamente y sin reflexión a los intereses capitalistas burgueses— puede negar que desde el mismo momento cuando el invasor asentó sus pies en el territorio nuestroamericano comenzaron las luchas populares, se inició una resistencia empeñada por impedir la explotación y el genocidio, por enfrentar y tratar de distanciarse de la alienación cultural, por rechazar la subordinación y la exclusión. La invasión europea trajo consigo, de hecho la impuso, su hegemonía cultural. Diseñó estructuras de dominación, creó y controló su propio espacio social. Los y las invadidos también crearon sus espacios; preservaron, reformulándolas, sus expresiones culturales; disintieron del poder, produciendo mecanismos de transgresión que adoptaban formas culturales específicas. En tales casos, como apunta Scott (1990: xi), en su insubordinación y protesta, poseyeron “dignidad y autonomía”. Aunque Scott se refiere a la protesta simbólica, también existió la protesta material: insurrecciones, rebeliones, asaltos, luchas todas ellas con grados variables de éxito. Preguntamos: ¿Quién puede creer que todos estos eventos pasaron desapercibidos a efectos del registro arqueológico?

En muchas regiones de Nuestra América se dieron procesos urbanos complejos antes del siglo XVI; existieron asimismo medios literarios y científicos para conservar y contar los hechos históricos, pero fueron eventos espacialmente limitados. Los incas sometieron militarmente a los pueblos vecinos, hoy día bolivianos y ecuatorianos, y los convirtieron en provincias o *suyos* culturales y políticos de su imperio; extraían tributos y utilizaban medios coercitivos para perpetuar su dominio. Pero se trató de sistemas socioculturales compatibles, lo que no ocurrió, por ejemplo, con las poblaciones aborígenes amazónicas o del norte de Colombia y Venezuela o de Chile y Argentina.

La expansión del mercantilismo fuera de Europa creó una situación inédita en la sociedad europea. Roma y Grecia ya habían penetrado regiones lejanas o “exóticas” como Egipto, Irán y la India. Pero estos pueblos no dejaron de ser lo que habían sido luego de las invasiones griegas o romanas. Caso diferente fueron las Galias (Francia), Germania o Brittany, que se transformaron en provincias culturales de Roma. Pero en Nuestra América, tanto los españoles como los portugueses y los ingleses, entre otros, simplemente trataron de hacer tabla rasa con los pueblos y las culturas originarias. Donde hubo urbanismo, lo destruyeron e impusieron el suyo; donde no lo hubo hicieron lo mismo; impusieron también su lengua, su religión, su cultura y sus medios de narrar la historia a su conveniencia.

La consecuencia de la expansión mercantilista desde Europa hacia América supuso la aparición de una relación colonial narrada en textos que se han dado en llamar “historia documental”. Estudiar arqueológicamente dichos procesos, lo llama la mayoría de los/las arqueólogos/as “arqueología histórica”, y en ocasiones “historia colonial”. pero muy pocos denominan *historia del capitalismo* a la historia documental y arqueológica de dicha época. ¿Pudor? ¿Miedo al compromiso político? Por otra parte, los historiadores/as documentalistas burgueses esconden la relación colonial capitalista bajo el rubro de “estudios hispanistas”, término que está cargado de la peor significación franquista.

La formación social capitalista

Tal como apunta Braudel, capitalismo ha sido una palabra que se usa desde el siglo XVIII, pero que adquiere su sentido actual, en realidad, a partir de comienzos del siglo XX cuando se incorpora en el debate político como opuesta al socialismo (Braudel, II: 237). Braudel también señala que el capitalismo se convirtió en un sistema que se extendió sobre toda la sociedad y dejó de ser solo una estrecha plataforma de la vida económica.

La expansión del capitalismo hacia América

El colapso del orden feudal, el fin de la Edad Media y el surgimiento de la sociedad capitalista mercantil en Europa occidental fue posible por la extraordinaria riqueza que le proporcionó la conquista y la colonización de América, el inicio de la expansión colonial europea hacia el resto del mundo

y la posibilidad cierta, como demostró Cristóbal Colón, de realizar viajes transoceánicos. Ese proceso se conoce como la acumulación originaria de riqueza o la acumulación primitiva (Kaye 1989).

A partir del siglo XVI —para consolidar su empresa colonial— las naciones europeas promovieron la construcción de enclaves urbanos en las nuevas tierras que existían más allá del *finisterrae* continental. La creación de centros urbanos era fundamental para proveer una localización física a la actividad económica de los grandes grupos mercantiles de los siglos XV y XVI, la cual, según Braudel (1992-II: 621), estaba orientada indiscriminada, simultánea y sucesivamente hacia el comercio, la banca, las finanzas, la especulación en las bolsas de valores y el impulso a la producción industrial.

Artesanos españoles y portugueses manufacturaban mercancías que eran enviadas a América para tratar de satisfacer el gusto de la población europea que migraba hacia las nuevas tierras conquistadas y, en cierta medida, también el gusto de los mestizos/as, indios/as y negros/as que formaban la mayoría de la población americana, particularmente los y las que comenzaban a concentrarse en los nuevos espacios urbanos. Sin embargo, todavía limitada por el carácter fuertemente feudal de la sociedad castellana de entonces, su producción era insuficiente para satisfacer la demanda de manufacturas necesarias para enriquecer la vida cotidiana de las poblaciones colonizadas.

Las necesidades de aquel nuevo y amplio mercado fueron suplidas durante los siglos XVI y XVII por un mínimo de bienes importados desde España y una mayoría de artículos hechos localmente en las colonias americanas, particularmente vasijas de alfarería, tejidos de algodón y lana, cestería y otras artesanías de la madera y el cuero, alimentos y otros bienes de consumo cotidiano, por lo cual la balanza comercial de la metrópoli con sus colonias era deficitaria.

A partir del siglo XVI, el capitalismo mercantil europeo occidental, fortalecido con el oro, la plata y las piedras preciosas expropiadas a las y los indígenas de sus colonias americanas, comenzó a expandirse gracias al desarrollo de intercambios comerciales a largo a plazo, basados en un sistema de mercados y ferias regionales. En países como Holanda, Inglaterra y Francia, así como en las *Hansa* del norte de Europa, se desarrolló también el comercio ultramarino gracias a la fundación de grandes compañías para exportar bienes de consumo hacia las Indias Occidentales. En esos países, la ideología del naciente capitalismo mercantil

era opuesta a toda clase de monopolios, particularmente los estatales como el de España ya que —sostenían— restringían el intercambio comercial en lugar de expandirlo.

A comienzos del siglo XVIII, la capacidad productiva del capitalismo industrial en países como Holanda e Inglaterra se desarrolló hasta tal punto que fue capaz de suplir con bienes manufacturados a una amplia porción del naciente mercado mundial. La primera Revolución industrial tuvo tremendo impacto en la sociedad europea, así como también en aquellos países colonizados de Nuestra América, África y Asia. Los productos holandeses e ingleses se hicieron muy comunes en el área del Caribe, y el sistema económico colonial cambió de uno de “tipo feudal”, autosuficiente, basado en las encomiendas y pueblos de misión, al sistema comercial monoprodutivo esclavista de la plantación, o bien de la manufactura o cooperación basada en la división del trabajo bajo el mando del mismo capital (Marx 1946-1: 293-96), como fue el caso tanto de las plantaciones y hatos de los valles de Aragua y los llanos centrales de Venezuela, como el de las misiones capuchinas catalanas de Guayana, Venezuela (Sanoja y Vargas 2005: 238-239), las cuales constituían el *hinterland* de los nuevos espacios urbanos coloniales. Ambas formas socioeconómicas estaban destinadas a suplir al mercado mundial con materias primas para la reproducción de la vida cotidiana en el modo de vida capitalista europeo que se manifestaba en Venezuela, tales como azúcar y melazas, cacao, café, fibras, cueros, carne salada, canela, hierro, madera, ladrillos refractarios y particularmente el oro y los diamantes que se extraían de las arenas del río Caroní.

El oro, la plata y las piedras preciosas que los colonialistas extraían de las minas de Perú, Bolivia, Colombia y México y de las arenas del río Caroní, Bajo Orinoco, arribaban, vía España, a otros países europeos y asiáticos. Ello permitió la acumulación de capitales y valores que hizo posible el desarrollo del capitalismo industrial en Europa, núcleo del actual así llamado *primer mundo*. Ello nos permite afirmar hoy que sin las riquezas robadas a los pueblos originarios de Nuestra América el capitalismo industrial europeo a duras penas habría remontado su fase mercantil en el siglo XVIII (Sanoja 2007: 56-57, Sanoja 2011); por las mismas razones, Adam Smith quizás no habría escrito su *Investigación sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones*, ni tampoco John Stuart Mill sus *Principios de economía*.

Al mismo tiempo que los países europeos se desarrollaban, profundizaban por contraste el proceso de dependencia económica, política e ideológica sobre los pueblos nuestroamericanos. Dicho proceso ha servido para mantener hasta hoy la hegemonía del llamado primer mundo, actualizado por las políticas neoliberales que nos impone el imperio estadounidense a través del Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial (Vargas 1999, 1995: 47-68).

La creación de espacios urbanos en las colonias americanas, si bien era necesaria para institucionalizar el dominio colonial español, lo era igualmente para regularizar la empresa comercial de los imperios capitalistas no hispanos. A través de las “arribadas forzosas” o del contrabando legalizado, los nuevos espacios urbanos sirvieron también como punto de entrada y de distribución de las diversas mercancías traídas por los denominados bucaneros o corsarios que eran, en realidad, empresarios comerciales privados dedicados igualmente a la trata de personas africanas esclavizadas (Britto García 1998).

Aunque el capitalismo mercantil de Europa Occidental había llegado a conformar para el siglo XVI un sistema socioeconómico y cultural relativamente coherente, las sociedades precoloniales o precapitalistas americanas tenían para dicho momento diversos grados de desarrollo de sus fuerzas productivas: sociedades recolectoras cazadoras tropicales, cultivadores tribales no estratificados o jerárquicos o sociedades de tipo Estado y sociedades clasistas iniciales, las cuales vivían en una variedad de ambientes que iban de los árticos y subárticos a los templados y tropicales, y los ambientes de alta montaña, selva tropical, llanuras, litorales, desiertos, etc. Debido a las diferencias en el nivel desarrollo de las fuerzas productivas de las poblaciones originarias americanas, las formas urbanas coloniales que surgieron en Nuestra América como consecuencia de la expansión colonial del capitalismo mercantil, si bien eran similares en su esencia, fueron muy diferentes en su expresión fenoménica.

El modo de vida capitalista colonial

El Estado burgués es una organización expansionista, uno de cuyos objetivos es la extracción de recursos humanos y materiales de la población sujeta a su dominación política. Cuando las élites políticas que controlan el Estado no pueden extraer la riqueza para reproducirse mediante la sola explotación de las poblaciones sometidas a su gobierno, tienen que extraerla

de los pueblos y regiones que forman su periferia. De esta manera, los centros influyen e intervienen en las sociedades periféricas y son a la vez influidos por ellas, dando como resultado que las sociedades estatales y las no estatales, centrales y periféricas, se desarrollen de manera interdependiente (Sanoja y Vargas 2002: 190).

En el sistema capitalista —como se ha expuesto— se forjan generalmente relaciones de dominación y dependencia entre el Estado o Estados nacionales metropolitanos y las naciones de su periferia, compuesta esta última por Estados coloniales inducidos o conquistados. La resultante es una situación de atraso que juega a favor del todo más desarrollado, el centro imperial, y una declinación o estancamiento que afecta al todo menos desarrollado, la periferia.

La distribución desigual de la riqueza es característica de las situaciones coloniales o neo-coloniales (Wallerstein 1998: 169). Cuando estas situaciones de injusticia llegan a convertirse en estructurales y por esa causa ocurre el colapso político de los sistemas de explotación del todo menos desarrollado, en la periferia pueden generarse situaciones revolucionarias que desestabilicen la integridad de la o las sociedades metropolitanas. Los Estados coloniales, si bien son formalmente una representación jurídica del Estado metropolitano, sus modos de vida, su formación y expresión local a través de los espacios urbanos, dependen de las características del contexto sociohistórico donde aquéllos se implanten.

El siglo XVIII, como es bien sabido, marca el verdadero comienzo del capitalismo industrial y financiero, alimentado por el impulso que le insuflaron las riquezas expropiadas a los pueblos de Nuestra América, vía el sistema colonial del imperio español. Para ese momento, las más fuertes naciones capitalistas, como Inglaterra y Francia, tomaron conciencia de la necesidad que tenían de dismantelar el sistema colonial español y apropiarse de la fuente originaria de su riqueza en metales preciosos y materias primas en general, para dedicarlas a la consolidación de sus respectivos modos de vida capitalistas. Para lograr tales fines, estimularon y sostuvieron las burguesías coloniales de América Latina, particularmente las del Caribe Oriental, en sus luchas por eliminar el sistema colonial e instaurar Estados nacionales independientes de la Corona española, movimientos que resultaron exitosos en las primeras décadas del siglo XIX.

Una vez alcanzado ese objetivo, Inglaterra, Francia y luego Estados Unidos lograron implantar en Nuestra América regímenes neocoloniales dependientes de sus propios intereses, adquiriendo el control político y económico directo de los pueblos de esta parte del continente americano. Luego de emanciparse políticamente de España, las naciones nuestroamericanas continuaron viviendo una nueva relación colonial o neocolonial dependiente de los bloques capitalistas hegemónicos europeos o angloamericanos. En los siglos XX y XXI, cuando surgen luchas para obtener finalmente la independencia efectiva, como sucedió con Cuba, Nicaragua, Venezuela, Bolivia y Ecuador, éstas son antagonizadas por el imperio estadounidense y sus aliados de Europa occidental, para bloquear el éxito de sus procesos de descolonización, liberación y emancipación final.

¿Arqueología del capitalismo o arqueología histórica?

La llamada *arqueología social latinoamericana*, en realidad la arqueología materialista histórica o marxista, ha intentado analizar la sociedad como una totalidad en movimiento donde la experiencia humana no está reducida solo a lo económico (Bate 1998, Vargas 1990). Aunque nuestro interés aquí no se centra en explicar en detalle la arqueología marxista (para ello recomendamos el excelente libro de Luis Felipe Bate: *El proceso de investigación en arqueología*, 1998, Editorial Crítica, Barcelona), creemos necesario hacer algunas precisiones básicas. La arqueología social latinoamericana o arqueología marxista usa un sistema común compuesto por tres categorías históricas: 1 Formación económico o histórico social/ Modo de producción, 2 Modo de vida/ Modo de trabajo y 3 Cultura; las categorías Formación económico social, Modo de vida y Cultura comprenden desde las regularidades de mayor nivel de acción causal y estructural, hasta el nivel de la existencia fenoménica. Son formulaciones generales que explican teóricamente los sistemas de mediaciones e interrelaciones entre distintos aspectos de la sociedad (Bate 1998: 56). Tal sistema permite dar cuenta del desarrollo dialéctico de una sociedad en sus distintos niveles de existencia. El sistema intenta explicar la sociedad como una totalidad concreta, como un todo estructurado en continuo proceso de transformación. En tal sentido, no conceptualiza la sociedad como algo caótico o inmutable, sino como una totalidad en donde cada parte solo puede ser comprendida como un componente estructurado del todo.

Desde esta posición teórica, es un desatino considerar que es sólo cuando el arqueólogo o la arqueóloga estudia los procesos a los que se denominan históricos —ya que ocurren únicamente cuando aparecen los textos escritos— la investigación que realizan deviene histórica. Como decía Braudel, “*para el historiador, comprender el pasado y comprender el presente es la misma cosa*” (Braudel, II: 231).

El uso de tales términos es algo más que un asunto de semántica y sí de diferentes concepciones ontológicas de la realidad. Conceptos como el “período histórico americano”, el “encuentro de dos mundos”, los “intercambios culturales”, los “contactos con la civilización europea” o el “mundo antes de Colón” han sido acuñados por una investigación arqueológica que ha tenido como objetivos cognitivos tratar de “completar lo que no ha sido registrado por los documentos escritos”, para lo cual se dedica a “explorar las ramificaciones de los intercambios culturales que siguieron al desembarco histórico de Colón” y que se autodefine como una “excitante investigación sobre lo que sigue al período de contacto” (Lisa Falk 1991). Al leer estos objetivos cognitivos uno/a siente que se trató de relaciones armónicas entre grupos sociales que no se conocían pero que iniciaron relaciones amistosas, relaciones felices, de complementación comercial consensuada entre la sociedad europea y las sociedades indígenas americanas y no el inicio de los terribles siglos de dominación colonial, explotación y holocausto de estas últimas.

No es una casualidad carente de significado que una notable mayoría de trabajos sobre “arqueología histórica” hayan sido publicados a comienzos de la década de los años 90, para tratar de hacerlos coincidir con la “celebración del V Centenario”, que en algunos casos se dice “del encuentro de dos mundos”; en otros, “del descubrimiento de América por Colón”. Esa celebración supuso un intento por parte de España de reafirmar su influencia sobre sus excolonias *vis à vis* su condición de minusvalía en el marco de la situación geo-económica y geopolítica mundial de los inicios de la década de los 90 y, asimismo, remachar dentro los pueblos nuestroamericanos su vieja ideología imperial que señala que la historia de esos pueblos “comenzó de manera efectiva solo a partir del momento cuando se inició el proceso de invasión” y se dieron modos de vida coloniales, obviando y denegando los milenios de historia de las sociedades originarias americanas anteriores a la invasión europea. Esa negación no tendría importancia alguna si no hubiese sido porque a partir de del siglo XVI las sociedades nuestroamericanas todas

se convirtieron en apéndices de Europa y de sus imperios, ubicadas artificialmente fuera de la historia, dependientes económicamente gracias a la expoliación, incluso a pesar de haber conquistado en el siglo XIX sus independencias políticas.

Los objetivos cognitivos de la investigación llamada “histórica” difieren enormemente de los de la arqueología marxista; no intentan explicar el expansionismo europeo, ni la invasión a los territorios americanos, ni el holocausto indígena y del África Negra, ni el colonialismo; tampoco la dominación social, la introducción del racismo, la expoliación de recursos naturales, la aparición de las jerarquías y clases sociales, la entronización del patriarcado y la estructuración de las actuales sociedades capitalistas americanas. Bajo los supuestos anteriores, no debe extrañar que exista la tendencia en muchos de los trabajos publicados por arqueólogos y arqueólogas que se denominan “históricos”, aludiendo al uso de fuentes escritas, a centrarse en los sitios y artefactos por sí mismos y se vuelquen hacia la teoría liberal de la historia.

Otros trabajos, como los de Orser y Fagan (1995), siguen los mismos parámetros teórico-metodológicos ya mencionados antes: arqueología histórica para referirse a períodos de la humanidad donde existen documentos escritos, estudio del carácter global del mundo moderno y el estudio del pasado que denominan ¡¡¡“postprehistórico”!!!

En algunos casos de obras que se identifican como “arqueología histórica”, como sucede con la fundamental obra *Historical Archaeology* de Funari y otros al referirse a los objetivos que persiguen señalan que “se han evitado conceptos universales como colonialismo o poder e identidad en favor de una investigación de las manifestaciones locales de ese fenómeno [el capitalismo] en diversos contextos sociales e históricos” (1999: I). Sin embargo, en su trabajo introductorio *Archaeology in History*, Funari, Jones y Hall siguen en gran medida los planteamientos establecidos por James Deetz veinte años antes en varias de sus obras, sobre todo *In Small Things Forgotten* (1977), o *Introduction. Archaeological evidence of sixteenth and seventeenth century encounters* (en Lisa Falk Ed. 1991: 1-9), en los cuales destacan sus conceptos sobre “patrones culturales en la globalidad” y la “arqueología histórica como aquella que estudia la difusión de las sociedades europeas en el mundo”.

Para los y las marxistas, la arqueología es una ciencia histórica tanto cuando explica la desaparición del feudalismo y el surgimiento de la sociedad capitalista en Europa y su expansionismo —que llevó a la invasión americana, la expoliación de sus recursos y el genocidio de sus poblaciones— como cuando estudia los procesos históricos anteriores a la aparición de la escritura. Al fin y al cabo, para los arqueólogos/as marxistas *todos* los datos arqueológicos son datos históricos, incluso los de las sociedades precapitalistas conocidas como iletradas, y el fin último de la arqueología, como ciencia social que es, es el de reconstruir el proceso histórico concreto. En este sentido, la arqueología marxista parte de la teoría general de la historia, la teoría materialista histórica que concibe a la sociedad como una totalidad concreta: “*Esto es, como una totalidad dialéctica de la cual es posible explicar, desde las relaciones esenciales y en conexión con ellas, cualquier hecho o clase de hechos, incluyendo los fenómenos de la vida cotidiana*” (Bate, 1998: 53, énfasis nuestro).

Quizás uno de los aportes más sustanciales de la arqueología marxista ha sido aclarar la relación entre teoría y método, pero no como temas separados sino integrados dentro de una posición teórica (Gándara 2008). En este sentido, los trabajos de Bate reconocen la prioridad epistémica de las teorías de la realidad con respecto al método de investigación; el autor establece los ciclos de la investigación que incluyen la “*preexistencia de una teoría de la realidad que supone la experiencia acumulada y transmitida a través de una larga historia de práctica social*” (1998: 37). En consecuencia, la investigación de la arqueología marxista es siempre de carácter social e histórico y se aleja del liberalismo sostenido por el empirismo y el individualismo metodológico que practican arqueólogos y arqueólogas de otras posiciones teóricas.

La posición teórica marxista en la arqueología venezolana.

Implicaciones políticas

Como se observa, hasta ahora hemos venido aludiendo a las propuestas de Manuel Gándara sobre la *posición teórica* y más específicamente sobre el área valorativa dentro de tal posición (2008: 59). El autor la define así: “... *una posición teórica es el conjunto de supuestos valorativos, ontológicos, epistemológicos y metodológicos que orientan el trabajo de una comunidad académica para la construcción de teorías sustantivas*” (2008: 64). “... *una posición teórica posee cuatro áreas constitutivas: la*

valorativa, la ontológica, la epistemológica y la metodológica. De éstas, las dos centrales... son la valorativa y la ontológica” (2008: 69). Al respecto dice Gándara: “En esta área [la valorativa] están los supuestos que tienen que ver con el “para qué y para quién” de la actividad científica. Son los supuestos éticos y políticos que permiten seleccionar qué problemas son los relevantes, por qué, y a quién beneficia su solución...”. Para Gándara, allí se encuentran “los valores que orientan las elecciones científicas” y las “metas cognitivas”.

Gándara define un “objetivo cognitivo” como el objetivo de conocimiento que se persigue. Esos objetivos cognitivos, dice, poseen relevancia política, la cual está determinada por su importancia para resolver problemas sociales. A tal efecto, Gándara señala que existen principios que establecen la justificación ética y política de los objetivos cognitivos que son perseguidos y del conjunto en general de la propia posición. Ante algunas acusaciones de miembros de la misma comunidad arqueológica a las y los arqueólogos marxistas, en relación a que si se hace arqueología, se está haciendo ciencia, y “la ciencia es apolítica”, Gándara apunta que “la idea de que puede haber posiciones teóricas apolíticas no es sino una manera de decir que hay posiciones teóricas ingenuas, cuya postura política no está clara...”, y añade acertadamente: “... las condiciones de desigualdad social e inminente crisis ecológica que enfrenta el mundo actual, hace imperioso tomar una postura política clara” (2008: 79).

La práctica de las arqueólogas y arqueólogos venezolanos necesita romper con las interpretaciones empíricas culturalistas todavía dominantes, de influencia estadounidense, que han estado acompañadas además por una suerte de búsqueda erudita de ciertos y determinados documentos en los archivos, una práctica que muy pocas veces o casi nunca ha hecho énfasis en las experiencias de resistencia y rebelión de las clases desposeídas, para la reconstrucción histórica de los siglos XVI al XX, dentro de lo que se podría denominar como la reconstrucción de la historia desde abajo. Por otro lado, podemos considerar que existe, en general, un total desinterés y una incapacidad de la mayor parte de las y los arqueólogos para comprender la vinculación de los estudios históricos —incluyendo los arqueológicos— con los complejos procesos sociales actuales que intentan lograr la descolonización nuestroamericana, destruyendo el monopolio social, político y cultural de las élites tradicionales en nuestros países. Ello sucede porque, en gran medida, esas arqueologías consideran que la

arqueología es una ciencia que no es capaz de conocer lo social; se basan en *“un supuesto ontológico que asigna al pasado la propiedad de ser incognoscible, o cognoscible de una manera muy imperfecta y poco confiable”* (Gándara 2008: 85).

Considerar la influencia de las ideas y los valores en la estructuración de los procesos de investigación de los registros arqueológicos por parte de los arqueólogos y arqueólogas necesita de un análisis centrado en los objetivos cognitivos de la posición teórica a la cual dichos arqueólogos/as realmente se adscriben. Por ello, si la práctica científica de los arqueólogos/as opera dentro de una posición teórica que se da en un marco de dependencia cultural, es decir, sus investigaciones se realizan de acuerdo con las normas que las metrópolis imponen y generalmente en los temas que a éstas les interesan, los objetivos cognitivos que tendrán tenderán a ser los mismos de aquéllos y aquéllas de la metrópoli. Sin embargo, sus investigaciones científicas funcionarán como mecanismos de imitación, lo que les conferirá un papel secundario en el marco internacional de la producción de conocimientos. En tales casos, esas investigaciones tenderán a coincidir con la consideración de que existe neutralidad política en el quehacer científico. No investigar en función de las realidades nacionales y no colaborar para encontrar soluciones a los problemas que éstas enfrentan, por el contrario, ayuda al reforzamiento de pautas culturales que en lugar de resolver sirven para acallar u oscurecer los conflictos sociales existentes (Varsavsky 2006, Vargas 2012, Sanoja et al 2012).

Las repercusiones éticas y políticas de una posición teórica como la descrita hace que esas prácticas científicas se articulen con las relaciones de producción capitalistas y, por esta razón, pueden ser denominadas como “prácticas de la ciencia burguesa”, dado que en última instancia están al servicio de esa clase social en particular.

Esto nos lleva al asunto —ya señalado por Vitale (1983) en los años 80 al referirse a la práctica de los científicos/as sociales marxistas en Nuestra América— de su tendencia a ignorar la existencia de procesos sociales en la realidad que constituyen temas ante los cuales muchos de dichos científicos/as (entre ellos, decimos nosotras, los arqueólogos/as), han mostrado y siguen mostrando escasa sensibilidad. Y no se trata solo de falta de sensibilidad; lo que es más grave es la presencia de una conceptualización de la realidad como fragmentada que desvincula procesos que existen

objetivamente en su unión, concatenación y mutua influencia: luchas de emancipación- luchas de mujeres- luchas ecologistas- luchas antirraciales- luchas indígenas.

Es por todo lo anterior que la arqueología cuyos objetivos cognitivos se centran en conocer los orígenes y desarrollo del capitalismo en nuestro país y su carácter causal de las formas de dominación actualmente existentes, como sucede con la arqueología marxista, combina congruentemente la búsqueda de las raíces populares de ese proceso capitalista con la cultura y la política venezolana contemporáneas: formación histórica de los trabajadores populares, del campesinado, de las masas urbanas, de las clases sociales en general, y no solo su formación sino también la comprensión de sus intereses de clase, así como sus experiencias de vida y sus actividades que constituyen toda una gama de prácticas, métodos de lucha, costumbres y acciones estructuradas tanto por sus relaciones productivas como también por las culturales y las afectivas. Por supuesto, estos objetivos cognitivos mencionados no son los únicos posibles.

Consideramos fundamental que los arqueólogos/as venezolanos/as, en general y especialmente los de orientación marxista, reconozcan que sus escritos tienen consecuencias no solo académicas sino también políticas y la posibilidad que tienen de hacer importantes contribuciones a la formación de una conciencia histórica democrática y socialista. Una conciencia histórica de este tipo debe ayudarnos a comprender —como señala Thompson (1984)— *“las posibilidades de transformación y las posibilidades de la gente”*. Así mismo, asumir las necesarias consecuencias políticas de cualquier investigación social y de la histórica en especial supone afectar positiva o negativamente las bases históricas para la construcción colectiva del sujeto revolucionario que liderará las transformaciones sociales de una sociedad capitalista burguesa a una socialista. Es bueno recordar, en este sentido, que en el caso venezolano las reconstrucciones historiográficas han sido usadas siempre para condicionar las conductas sociales, muchas de las cuales —sobre todo las tradicionales por su carácter oficial— han servido para desmovilizar y desarmar ideológicamente a importantes sectores de la población venezolana; otras —más recientemente— han sido empleadas por la Revolución Bolivariana para apoyar iniciativas que sirven para la sensibilización o concientización ciudadana sobre desigualdades sociales, políticas de cooperación y espacios para la participación solidaria. No obstante, la carencia de una permanente actitud de cuestionamiento y

crítica ha hecho que muchas de las reconstrucciones de los arqueólogos y arqueólogas del país dificulten —por decir lo menos— la tarea de develarles a los colectivos venezolanos en lucha por su emancipación cómo hemos llegado a ser lo que somos en el presente, que conozcan por qué somos como somos y por qué y de dónde surgió gran parte de los problemas sociales actuales que sufrimos. Ese conocimiento, obviamente, no es para incrementar la sabiduría y el conocimiento personal, o para satisfacer los anhelos y curiosidades individuales, sino para ofrecerles nuevos y más eficaces instrumentos para que como colectivos se constituyan como vanguardias de la transformación social para la humanización de sus luchas (Vargas 1988).

En tal sentido, es bueno recordar las palabras de Hill (1975), quien decía, haciendo eco con las tesis gramscianas: *“todo conocimiento del pasado debería contribuir a humanizarnos”* y, asentaba, citando a Marx, *“el pasado no es para vivirlo”*. Nadie quiere o aspira al sin sentido de volver atrás en el tiempo y vivir de nuevo lo ya vivido. Agregaríamos nosotras, entonces, que el pasado es para usarlo y aprender de él, para superarlo como diría Gramsci: *“el presente como superación del pasado debe estar basado siempre en una crítica real y darle una expresión no solo teórica sino también política”* (1977: 12-13). Al fin y al cabo, esos problemas presentes tienen su causalidad en el pasado.

Objetivos cognitivos de la arqueología marxista venezolana en el estudio del capitalismo

Consideramos que hasta ahora los objetivos cognitivos de una investigación arqueológica marxista venezolana para la reconstrucción del proceso capitalista han tratado de explicar los cambios y transformaciones sociales ocurridos para que se diera el tránsito de un modo de vida capitalista colonial hacia un modo de vida capitalista nacional.

A partir de 1830, con el inicio de la Tercera República comenzó a concretarse la ideología liberal positivista que animaría posteriormente la nueva fase histórica nacional, de carácter neocolonial, de la formación republicana. Esta nueva fase conservaba muchos componentes esenciales del antiguo modo de vida colonial, rentista y agroexportador, cuya vigencia como tal se prolongó hasta las primeras décadas del siglo XX. Es entonces cuando se produce un cambio súbito, inesperado en la vida de la sociedad venezolana, como fue el descubrimiento de fabulosos yacimientos

petrolíferos en el subsuelo de la cuenca del lago de Maracaibo. Ello determinó el desarrollo de un nuevo modo neocolonial nacional de producción, caracterizado por la monoproducción petrolera cuya rentabilidad hizo casi desaparecer en el espacio de un año la renta producida por la monoproducción agropecuaria, la cual devino en un proceso de trabajo complementario de aquella. Como consecuencia, las transnacionales petroleras hicieron acelerar la construcción de un Estado nacional neocolonial moderno y de un modo de vida petrolero que crease las bases materiales para el funcionamiento adecuado de la industria petrolera transnacional y reforzase el carácter dependiente, desnacionalizado y consumista de la sociedad venezolana (Sanoja 2011: 22-23).

En el sentido anterior, hemos creído importante y necesario identificar los siguientes objetivos cognitivos en la investigación arqueológica que se ha realizado hasta ahora en referencia a estos momentos y procesos históricos:

- 1) Explicar el proceso inducido para que se diera la aparición del Estado colonial como derivado del Estado metropolitano. Lograr caracterizar los factores sociales y culturales que intervinieron en su particularización en Venezuela.
- 2) Explicar, usando la teoría materialista de la historia y su teoría específica que explica los procesos que caracterizan históricamente la relación entre espacio y sociedad, el proceso histórico de producción del espacio en una sociedad capitalista en su condición colonial. De esa manera se esperaba lograr comprender la dinámica social pasada de la sociedad venezolana desde el momento cuando se manifiesta el modo de vida colonial caraqueño hasta que se inserta como formación social en el sistema capitalista mundial y el papel que jugó el espacio en la estructuración social y la forma como intervino en la reproducción de las relaciones sociales asimétricas. Se destaca el uso de las teorías específicas elaboradas tanto por los clásicos del marxismo como por Henri Lefevbre y sus seguidores.
- 3) Lograr una comprensión más coherente de las expresiones en el registro arqueológico de la vida cotidiana caraqueña bajo la condición colonial. Se ha partido del supuesto epistémico de que la vida cotidiana es el espacio donde se da la concreción de la vida material, donde se produce y reproduce la vida social, mediante las interacciones diarias

entre los agentes sociales expresadas en las relaciones cara a cara que se dan en el marco de unas determinadas relaciones sociales de producción (Sanoja et al 1998, Vargas et al 1998).

La teoría materialista del espacio señala que cada conjunto de acciones y prácticas cotidianas es un momento de la totalidad social; por ejemplo, Lefebvre aduce que en el trabajo cotidiano, tanto las herramientas como el modo de usarlas son elementos —decíamos momentos— de la totalidad del trabajo (1991: 134), y apunta Lefebvre: “... *el significado de la vida de un ser concreto no se puede encontrar sino en la vida misma, y su vida real es la vida cotidiana (...)* (1991: 144). “*Lo cotidiano es, continúa Lefebvre, un sector privilegiado de la práctica (...)* la sustancia del hombre (lo que le permite vivir (...) su tiempo y su espacio, sus espacios...” (1978:86).

Marx y Engels, por su parte, se refieren a lo cotidiano como “*los aspectos básicos de la actividad social (...)* los hombres renuevan diariamente su propia vida (...) y crean (...) a otros hombres...” (1973:27).

4) Definir las expresiones concretas de las relaciones sociales capitalistas a partir del ordenamiento de las formas culturales en el espacio (edificaciones, espacios de circulación como calles y avenidas, plazas, mercados, etc.), vale decir, determinar la espacialidad capitalista, partiendo del supuesto de que cada formación social produce un orden espacial que le es característico y que, en el caso de una sociedad capitalista colonial, la organización espacial constituye un elemento estructural. En el capitalismo, las formas espaciales construidas adquieren valor de uso y valor de cambio, expresándose como mercancías en el proceso de intercambio de bienes materiales. El supuesto epistémico que subyace a este punto es de que la implantación y extensión del capitalismo necesitó crear las condiciones para la expansión del comercio; por ello creó una dimensión espacial propia, coherente con las relaciones sociales de producción clasistas y la división técnica y social del trabajo existente, que trascendiera las fronteras territoriales de los centros de producción y reestructurara espacial y económicamente las tierras conquistadas (Lefebvre 1992, Vargas y Vivas 1999: 111-113).

5) Ordenar, según los supuestos epistémicos de la teoría de la observación en arqueología las expresiones culturales materiales de la vida cotidiana, los artefactos, los instrumentos, los objetos, de manera de poder inferir los procesos de intercambio comercial, las fuentes y

organización del intercambio y determinar la afectación de esos procesos por las relaciones sociales asimétricas características de la condición colonial capitalista.

Algunas de las investigaciones arqueológicas venezolanas han estado orientadas a tratar de explicar las razones para el surgimiento de las sociedades capitalistas periféricas. En el caso nuestroamericano, debemos decir que los Estados nacionales no aparecen como producto de procesos autogestados, sino inducidos, como resultado de la expansión capitalista europea, concretada inicialmente, como hemos visto, en modos de vida coloniales. Tal como sucede con esos modos de vida, el modo de vida capitalista nacional venezolano constituye otra línea de desarrollo particular de la formación social capitalista. Se pueden mencionar algunos objetivos cognitivos:

1. Caracterizar los efectos de la segunda Revolución industrial en la conformación de las clases sociales venezolanas, especialmente luego de la aparición del petróleo a inicios del siglo XX.
2. Explicar la manera como ocurrió la reproducción ampliada de nuevas relaciones sociales de producción capitalistas en las varias regiones geohistóricas venezolanas.
3. Explicar la aparición de nuevas contradicciones sociales específicas; por ejemplo, cómo afectaron a las mujeres las nuevas relaciones jurídico-políticas que impone la vida en una sociedad capitalista periférica, entre muchas otras.
4. Explicar el desarrollo de una burguesía nacional al servicio de los intereses transnacionales y el ejercicio de su hegemonía a través de las industrias culturales transnacionales.
5. Explicar las nuevas formas de inserción de Venezuela en la economía mundial, especialmente luego de iniciarse la producción petrolera, por tratarse, especialmente, de una nueva fase del modo de producción: la industrial.
6. Explicar la dinámica de los bloques históricos internos de poder y su relación de dependencia de los varios bloques geohistóricos imperiales.

Comentarios finales

La sociedad venezolana contemporánea necesita generar una estrategia que le permita abordar un problema doble. Por un lado, garantizar el conocimiento del pasado, diríamos el efectivamente ocurrido, el pasado de todos y todas sin distorsiones, sin olvidos convenientes, sin invisibilizaciones y, por otro, que implemente otros usos del pasado, alternativos a los que han existido hasta ahora en Venezuela; usos que pueden contribuir al desempeño de los colectivos venezolanos en su actual praxis política.

Las reconstrucciones de los procesos históricos concretos que ofrezca la arqueología marxista, conjuntamente con las reconstrucciones historiográficas, también marxistas, de las historias regionales y locales usando fuentes escritas e historias orales pueden ser también una poderosa ayuda para contribuir con los presentes movimientos sociales venezolanos en un afinamiento de sus objetivos de lucha, al dotarlos de una información sobre procesos y eventos históricos escamoteados, invisibilizados, obviados o distorsionados por las historias oficiales realizadas hasta ahora, generalmente, por historiadores e historiadoras, así como por arqueólogos y arqueólogas al servicio de los intereses de las burguesías, estén conscientes de ello o no. Debe tratarse de una lectura histórica que propicie una reflexión constructiva de manera que ésta estimule la comprensión sobre las diversas formas de praxis política y social que han ocurrido a lo largo de la historia y que colabore en la formación sociopolítica de los colectivos actuales, al mismo tiempo que actúe como un antídoto contra los prejuicios en contra de la diversidad cultural, étnica o de género (Vargas 1990, 2007, 2010; Vargas y Sanoja 2012).

Los objetivos cognitivos de la arqueología marxista no se deben limitar solo a la reconstrucción de procesos y elementos históricos que sustancien la memoria histórica y la identidad, sino también a producir un conocimiento que permita explicar el surgimiento y el impacto de las ideas nacionalistas, a descubrir las formas adoptadas por la etnicidad de múltiples grupos socio-culturales, a conocer las causas históricas de la dominación femenina y las luchas de las mujeres por su liberación y su historicidad, a desvelar papel jugado en las luchas populares por el simbolismo del poder y el simbolismo contra el poder, etc.

El logro de los objetivos cognitivos mencionados debe resultar en una transformación de la educación, traducida en la incorporación de contenidos diferentes a los que han existido hasta ahora en la enseñanza de la historia y

la geografía nacionales que han estado destinados a la reproducción y profundización de una ideología neocolonial (Vargas y Sanoja 2012, 2013).

Fuentes consultadas

Bate, Luis Felipe (1998). *El proceso de investigación en arqueología*. Editorial Crítica. Barcelona.

Braudel, Fernand (1992). *Civilization and Capitalism. 15th-18th century. The structures of everyday life. The limits of the possible*. Vol. I. University of California Press. Berkeley, Los Angeles.

— (1992). *Civilization and Capitalism. 15th-18th century. The wheels of commerce*. Vol. II. University of California Press. Berkeley, Los Angeles.

Britto García, Luis (1998). *Demonios del mar. Piratas y corsarios en Venezuela. 1528-1727*. Comisión Presidencial del V Centenario de Venezuela. Fundación Herrera Luque. Fundación Banco Mercantil. Caracas.

Deetz, James (1977). *In Small Things Forgotten. The archaeology of early American life*. Anchor Press/ Doubleday. Nueva York.

— (1991). *Introduction. Archaeological evidence of sixteenth and seventeenth century encounters*. En: *Historical Archaeology in Global Perspective*:1-9. Lisa Falk. Ed. Smithsonian Institution Press. Washington.

Falk, Lisa. Ed. (1991). *Historical Archaeology in Global Perspective*. Smithsonian Institution Press. Washington.

Funari, Pedro Pablo, Martin Hall y Sian Jones. Eds. (1999). *Historical Archaeology. Back from the edge*. One World Archaeology. No. 31. Peter Ucko Editor. Routledge. Londres.

Funari, Pedro Pablo, Martin Hall y Sian Jones (1999). *Archaeology in History*: 1-21. En: Funari, Pedro Pablo, Martin Hall y Sian Jones. Eds. 1999. *Historical Archaeology. Back from the edge*. One World Archaeology. No. 31.

Peter Ucko Editor. Routledge. Londres.

Gándara, Manuel (2008). *El análisis teórico en ciencias sociales: Aplicación a una teoría del origen del Estado en Mesoamérica*. Libro electrónico.

Gramsci, Antonio (1977). *Pasado y presente. Cuadernos de la cárcel*. No. 5. Juan Pablo Editor, México, D.F.

Hill, Christopher. (1975). *Change and continuity in seventeenth century England*: 283. Weidenfeld and Nicholson. Londres.

Kaye, Harvey (1989). *Los historiadores marxistas británicos. Un análisis introductorio*. Edición y presentación de Julián Casanova. Universidad de Zaragoza.

Lefebvre, Henri (1978). *De lo rural a lo urbano*. Ediciones Península. Barcelona.

— (1991). *Critique of everyday life*. Editorial Verso. Londres.

— (1992). *The production of space*. Blackwell Publisher Inc. Cambridge. Londres.

Marx, Karl (1946). *El Capital I. Crítica a la economía política*. Fondo de Cultura Económica. México.

Marx, Karl y Federico Engels (1982). *La ideología alemana*. Editorial Pueblo y Educación, La Habana.

Orser, Charles Jr. y Brian Fagan (1995). *Historical Archaeology*. Harper Collins College Publisher. Nueva York.

Thompson, Edward (1984). *Tradición, revuelta y conciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*. Editorial Crítica, Barcelona.

Sanoja, Mario (2007). *Memorias para la integración. Ensayo sobre la diversidad de la unidad histórica y el futuro político de Sudamérica y el Caribe*. Monte Ávila Editores Latinoamericana y Petróleos de Venezuela

(PDVSA), 2da. Edición. Caracas.

— (2011). *Historia sociocultural de la economía venezolana*. Banco Central de Venezuela. Caracas.

Sanoja, Mario e Iraida Vargas (1992). *Antiguas formaciones y modos de producción venezolanos*. 3a. Edición. Monte Ávila Editores Latinoamericana, S.A. Caracas.

— (2002). *El agua y el poder. Caracas y la formación del Estado colonial caraqueño*. Colección Ediciones Especiales. Banco Central de Venezuela. Caracas.

— (2005). *Las edades de Guayana. Arqueología de una quimera. Santo Tomé y las misiones capuchinas catalanas: 1595-1817*. Monte Ávila Editores Latinoamericana. Caracas.

Sanoja, Mario e Iraida Vargas, Gabriela Alvarado y Milene Montilla (1998). *Arqueología de Caracas. Escuela de Música José Ángel Lamas*. Tomo I. Col. Estudios, Monografías y Ensayos, N° 177. Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia de Venezuela. Caracas.

Sanoja, Mario, Iraida Vargas, María Egilda Castellanos, Thaís Marrero, Luisa Zambrano y Rodolfo González (2012). “Diálogos de saberes y talleres de ciencia. La historicidad de nuestra investigación académica”. En: *Consideraciones teórico-políticas para la ciencia y tecnología en la Revolución Bolivariana*. Memorias del 1.º Congreso Venezolano de Ciencias. Ministerio del Poder Popular para la Ciencia, Tecnología e Innovación. Viceministerio de Formación. Caracas.

Vargas-Arenas, Iraida (1990). *Arqueología, Ciencia y sociedad*. Editorial Abre Brecha. Caracas.

— (1995). The perception of history and archaeology in Latin America. A theoretical approach. En: *Making Alternatives Histories*: 47-67. P. Schmidt y T. Patterson Editores. School of American Research. Santa Fe.

- (1998). “Modos de vida y modos de trabajo: conceptos centrales de la arqueología social. Su aplicación en el estudio de algunos procesos de la historia de Venezuela”. *Tierra Firme*: 661-686. Año 16. Vol. XVI.
- Vargas - Arenas, Iraida (1999). *La historia como futuro*. Fondo Editorial Tropykos. FACES-UCV. Centro de Historia del Estado Carabobo. Caracas.
- (2007). *Resistencia y participación. La saga del pueblo venezolano*. Monte Ávila Editores Latinoamericana, S.A. Caracas.
- (2008). “Usos sociales del conocimiento histórico. La construcción de ciudadanía en Venezuela. Un balance desde la arqueología social”. *Memorias del Congreso de Arqueología*. Guayaquil.
- (2010). “La ocultación de las mujeres en la historia de Venezuela”. *Revista Venezolana de Estudios de la Mujer*. Vol. 15, No. 34.
- (2012). Conferencia magistral de clausura “Ciencia y tecnología para una Venezuela plenamente soberana”. En: *Consideraciones teórico-políticas para la ciencia y tecnología en la Revolución Bolivariana*. Memorias del 1.º Congreso Venezolano de Ciencias. Ministerio del Poder Popular para la Ciencia, Tecnología e Innovación. Viceministerio de Formación. Caracas.
- Vargas-Arenas, Iraida y Virginia Vivas (1999). “Caracas: espacio y vida cotidiana en la transición entre un modo de vida colonial y uno nacional”. *Boletín Antropológico*. Mayo-Agosto. N.º 46: 103-134.
- Vargas-Arenas, Iraida y Mario Sanoja (2012). *Una lectura geohistórica: Hacia la construcción del Estado Popular Comunal*. Escuela Venezolana de Planificación. Caracas.
- (2013). *Historia, identidad y poder*. 3.ª Edición. Editorial Galac. Caracas.

- Vargas-Arenas, Iraida, Mario Sanoja, Gabriela Alvarado y Milene Montilla (1998). *Arqueología de Caracas: San Pablo, Teatro Municipal*. Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia. Serie Estudios, Monografías y Ensayos, N.º 178. Caracas.
- Varsavsky, Óscar (2006). *Hacia una política científica nacional*. Ministerio del Poder Popular para la Ciencia y la Tecnología. Monte Ávila Editores Latinoamericana, Caracas.
- Vitale, Luis (1983). "El marxismo latinoamericano ante dos desafíos: feminismo y crisis ecológica. Artículo electrónico disponible en Género con Clase, en línea, julio 2011.
- Wallerstein, Inmanuel (1998). *Después del liberalismo*. Siglo XXI Editores. Madrid, México.